

Los siete pecados capitales de la política

Raúl J. Cerdeiras

Desde hace mucho tiempo se piensa que la política debe existir estrechamente vinculada a los movimientos sociales. Habría un lazo esencial entre ambos –sociedad y política– de tal magnitud que haría casi imposible poder imaginarse alguna política que no estuviese sostenida en un movimiento social.

¿Cuál es la naturaleza de este vínculo? Existe una convicción generalizada que ve en ese vínculo una relación de fundamento, lo que puede expresarse diciendo: toda política se apoya en un fundamento que le da sentido y éste es la sociedad. Inmediatamente se puede localizar en la representación el mecanismo casi universal encargado de ligar los dos términos de esa relación. Sólo habría que agregar que esta representación se detenta ante un tercero imparcial que exige ese mandato para habilitarlo legalmente a ejercer el poder. Este tercero es, evidentemente, el Estado.

Esto quiere decir que la idea, hoy dominante, de que la política debe ser la expresión de la sociedad, del lazo social, reconoce finalmente el siguiente dispositivo: por un lado, tenemos los tres términos señalados, la sociedad, las organizaciones políticas y el Estado, a lo que hay que agregarle la representación como la mediación interna que articula y pone a la política sobre un fundamento que es la sociedad.

Si ahondamos un poco más la mirada sobre este cuadro, podemos detectar que este dispositivo formal es común a las tres principales experiencias políticas que recorrieron el siglo que se acaba de ir. Veamos. Si el lugar de la sociedad lo identifico con la figura del ciudadano, entonces tengo la forma política de la democracia parlamentaria. En cambio, si pienso que la sociedad real no es otra cosa que las clases sociales y sus luchas, tengo la postura clásica de las políticas marxistas. Por último puedo afirmar que la sociedad es la fuerza de una raza pura, y me encuentro con el nazismo. En cuanto a la mediación, lo que llamé la representación, esta puede ser legalizada por el voto, como lo propone el modo democrático; o puede ser una vanguardia que expresa el devenir de un sujeto histórico –léase el marxismo– o, asumir la forma de una encarnación como fue el caso patético del nazismo. Finalmente, estas tres formas políticas coinciden en señalar que el Estado y su captura –pacífica o violenta– es el lugar privilegiado de la política, puesto que toda representación de lo social resulta estéril si no se poseen los resortes del poder del Estado para hacerla efectiva. Así es que una misma matriz: sociedad-partidos políticos-Estado y la representación de la sociedad por la política frente al Estado, conforma la estructura común del modo dominante de considerar la política es sus diversas manifestaciones.

De este panorama podemos desprender una primera consecuencia: tal forma de ver las cosas condena a la política a ser tratada como un simple medio o instrumento. Cuando las cosas toman este cariz entonces la política deja de ser autónoma, se pone –como medio que es– al servicio de cuestiones que no le son propias y queda confundida y diluida entre el derecho, la economía, la moral, la filosofía, la historia, etc. y pierde fuerza para proclamarse afirmativamente como lo que es, precisamente una política.

Del núcleo antes analizado, sociedad-partidos-Estado y la representación como mediación, se extrae una segunda consecuencia: la política debe responder al consenso establecido. Esto parece evidente puesto que los regímenes a los que hice antes mención, para poder sostenerse como tales necesitaron de una aceptación, por acción u omisión, de la población. Por ejemplo, hoy vemos que el consenso para que la forma democrática de la política siga instalada es hegemónico en la casi mayoría de los países del mundo llamado occidental. Por otra parte, para nadie es una novedad que un político que quiere ser gobierno no hace más que decir que “hay que escuchar lo que la gente quiere, o estar junto a ella,” etc.

Si se sigue pensando que la sociedad es la savia nutriente de la política y ésta un medio para representarla e instalarla en el poder del Estado entonces, tercera consecuencia, la política será únicamente una política de lo posible. En efecto, un cuerpo social expresa sus demandas a partir de necesidades reales y estas, precisamente por ser reales, son posibles.

Pero una sociedad atravesada por diversos intereses y realidades antagónicas, deberá administrar, por medio de las políticas que las representan, ese conflicto. No importa si el manejo de esa situación se hace por medio de acuerdos o con el rigor de decisiones unilaterales, lo que debe destacarse es que la política tendrá como tarea principal la gestión del complejo social. La política como gestión es la cuarta consecuencia de esta matriz universal.

Como medio que es, la política así entendida se presenta como agente transformador de la realidad social. Para ello debe producir un ajustado y objetivo conocimiento de la realidad que aspira a cambiar y, a partir de él, mostrar la posibilidad efectiva de su proyecto de cambio que quedará fraguado en un programa de acción. Con lo que detectamos una quinta característica de esta manera de plantear la política: ella es programática, en el sentido de que sabe de antemano lo que tiene que hacer y lo exhibe en un programa.

Por último, toda esta cadena de consecuencias convergen a constituir al Estado como el lugar y el elemento esencial de la política. Lo que puede ser dicho así: para poder realizarse la política necesita el poder y éste está en el Estado.

Si recapitulamos lo dicho hasta aquí, podríamos organizar una cierta concepción -sin duda hoy hegemónica- de lo que es la política. Esta concepción podría enunciarse así: si la política tiene como fundamento REPRESENTAR a la sociedad o a cualquier realidad que la preexista, entonces queda transformada en un simple MEDIO para transformar cierto estado de cosas; el plan de transformaciones se exhibirá previamente en un PROGRAMA que será tanto realista y POSIBLE como representativo del CONSENSO mayoritario, lo que obliga a contar con GESTORES eficientes que organizados en un partido se propongan, como tarea esencial, alcanzar el poder del ESTADO para llevarlo a cabo.

Voy, entonces, a enumerar los siete pecados capitales de la política, advirtiendo que ¡desgraciadamente no son solamente siete!, pero baste este número para empezar la partida.

- 1) La política como representación.
- 2) La política como medio.
- 3) La política del consenso.
- 4) La política de lo posible.
- 5) La política como gestión.
- 6) La política programática.
- 7) La política de Estado.

Estamos tan comprometidos con esta idea de la política que nos parece natural. Natural en este caso no es una palabra inocente, proyecta un sentido equivalente a decir que la política es algo como un objeto, una realidad ya dada que está allí para que nosotros la usemos, la habitemos, la miremos o la dejemos. Algo parecido como sucede con la luna, que está en su lugar sin que los hombres nos sintamos responsables de que exista dando vueltas a la Tierra. Pero, afortunadamente, la política no es como la luna, la política es una creación y si no se la piensa y se la hace no existe.

Es hora que les diga que mientras sigamos tratando a la política en el interior del dispositivo que tejen sus siete pecados capitales, ésta no hará otra cosa que producir y reproducir orgánicamente a este sistema social y, además, trabajará en el sentido de ser un obstáculo formidable para la invención de nuevos pensamientos y acciones políticas de

emancipación. Dicho de otra manera: lo que hoy circula como política es una maquinaria dedicada a impedir que advenga una subversión de la política.

No se podrá comprender el significado profundo de la actual impotencia y resignación de los pueblos, si no asumimos plenamente que hoy las políticas de emancipación están ausentes en la vida de la gente. Debemos tener el coraje de decir que la secuencia revolucionaria del siglo XX agotó sus posibilidades para producir efectos políticos de emancipación, con todo lo grandioso y también con todos los desastres que tuvo esa experiencia. Mi convencimiento es, entonces, que ha llegado el momento de re-fundar la política, una nueva política de emancipación. No se trata de insistir con el viejo esquema de los siete pecados capitales, ni de modificar algún aspecto parcial, sino de poner nuevas bases fundacionales para pensar-hacer la política.

La consigna "hay que subvertir la política" es una consigna política para nuestra época, porque opera como un tajo que libera la posibilidad de desprendernos de la serie de evidencias y saberes coagulados que hoy guían nuestras acciones políticas de manera casi natural. Nos permite ubicarnos en otro lugar desde el que podremos, con la audacia propia de toda creación, formularnos nuevas preguntas, inventar otros trayectos, hacer nuevas apuestas, realizar prácticas inéditas, en definitiva, realizar actos de libertad.

Para empezar a caminar este camino –que no se hace sino al andar– tenemos que realizar un severo cuestionamiento al primero de los pecados capitales que opera como la llave maestra de la cadena pecaminosa. Al mismo tiempo quiero disculparme ante Uds. por verme obligado a exponer sólo las conclusiones de mi pensamiento sobre estas cuestiones obviando su fundamentación, cosa que sería imposible en este marco temporal. Pero confiemos en los debates.

Plantear que la política depende de las relaciones sociales a las que finalmente expresa por medio de la representación, implica ubicar a la política como un simple medio. Esta idea hay que desbaratarla, cuestionarla, y afirmar la autonomía de la política como pensamiento. La política es una invención del pensamiento y de la conciencia subjetiva. La política no es del orden de la objetividad ni de un supuesto conocimiento de la realidad sino de la esfera de la creación. En este sentido deberíamos tratar a la política como al arte, que no existe si no se lo hace. Hay que tomar conciencia que lo que definí como el entramado de los siete pecados capitales, no es una fatalidad ni mucho menos una realidad objetiva dada desde siempre para que los hombres hagan con ella lo que puedan. No, no es así. Ese dispositivo es una invención humana, es un pensamiento político que tiene sus grandes textos, sus personajes emblemáticos y sus encarnizadas luchas contra las viejas maneras de concebir la política que existían al momento de su nacimiento. Tenemos que afirmar que Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Marx, Lenin, Gramsci, Mao, el Che, y tantos otros, fueron grandes pensadores de la política, que pusieron en marcha creaciones e ideas de la política antes inexistentes y que en su interior se realizaron colosales transformaciones.

En Marx, por ejemplo, hay una invención radical de la política que implica una visión revolucionaria de lo que es la historia, las clases, el poder, el Estado, etc., y la realizó rompiendo profundamente con otras concepciones vigentes en aquella época. Así como hay una historia del arte, o de la ciencia, también hay una historia de la política. Y así como la historia del arte o de la ciencia no es otra cosa que la historia de sus grandes subversiones internas, que concluyen una época y comienzan otra, de igual manera tenemos que considerar a la política y ponernos a trabajar para producir en su interior una ruptura que nos abra el camino que haga posible la realización de prácticas inéditas que serán los embriones de lo que será, o no-puesto que lo nuevo es siempre una apuesta y nunca una certeza- una nueva radicalidad en política.

Por eso propongo, pero sólo como una metáfora, invertir la vieja imagen congelada que hace de la política un simple apéndice de lo social y afirmar que la política, es política, justamente por ser una excepción al entramado social y a las meras prácticas sociales. Si la política tiene capacidad para emancipar a los hombres de los lazos sociales es precisamente

porque su esencia es la de romper con el orden social. Cualquiera que sea un orden social –y esto es una afirmación política– siempre se rige por un principio: la de producir y reproducir sus condiciones materiales de existencia. Esto se puede decir de otra manera: toda estructura realiza siempre lo posible que es la repetición de la ley que la gobierna.

Cuando el ciclo de una política de emancipación se agota, cuando su capacidad de desligar los lazos sociales se paraliza, entonces poco a poco se integra con el cuadro social vigente, se plasma orgánicamente, se funde con la estructura social de la que empieza formar parte de una manera natural. Entonces, finaliza la política y comienza la gestión. Es nuestra realidad.

Ni bien la política pierde su autonomía y se integra al sistema empieza a someterse a sus secretas leyes. Una de esas leyes –y cuyos efectos se pagan muy caro– es que en toda estructura la posición de estar en contra forma parte de la misma estructura. Todo proyecto de oposición y de sentido contrario a los contenidos de un sistema dependen, en última instancia, de ese sistema. Es una característica general de los pueblos sin política que la creación sea substituida por la reacción, por la constante “oposición a”; que la mayor aspiración sea “defendernos de” y, lo que es el peor de los pecados, ponerse en papel de víctimas. Un pueblo sin políticas activas, inventadas, se conforma con lo menos malo y sólo aspira a evitar lo peor.

Que estamos en épocas de ruptura y de re-fundación de la política significa que debemos volver a plantearnos ¿qué es la política? También significa la imperiosa necesidad de realizar un balance crítico de la secuencia política anterior que podríamos abreviarla en la expresión “experiencia revolucionaria y socialista”. Pero no debemos permitir que ese balance se lo haga desde viejas y reaccionarias concepciones, como la socialdemocracia, cuyo cadáver histórico es casi centenario. El balance será una dura actividad crítica y productiva que sólo una nueva radicalidad en política podrá ir construyendo al mismo tiempo que va procesando su propia experiencia.

Si queremos apuntar a un nuevo pensar-hacer políticas de emancipación debemos, como ya lo expresé, declarar la plena autonomía de la política que no será fundada sino en ella misma, separándola claramente de la sociología, el derecho, la economía, la historia, la filosofía, las clases, etc. A partir de aquí se pueden bosquejar algunas ideas que las quiero presentar bajo la forma de un cierto contrapunto con lo que llamé los siete pecados capitales.

Abolida la política como representación o “expresión de” (1° pecado), por la afirmación de su autonomía, deja de tener sentido entenderla como un simple medio (2° pecado). En su lugar declaramos que la política no debe apuntar a la transformación desde un proyecto previo, sino que aspira a la creación de posibilidades anteriormente informulables.

Respecto al consenso (3° pecado) diremos que lejos de expresar un consenso establecido la política debe desarticularlos. El arte del nuevo militante consiste en impedir que una opinión aceptada pueda ser hegemónica en una situación, pero no contraponiéndole otra de sentido contrario supuestamente verdadera, sino potenciando todo lo que aconteciendo en el interior de esa situación y que escapa a ese consenso establecido, obliga a pensar-hacer otra cosa, lo que justamente hay que inventar.

En relación con lo posible (4° pecado) decimos que la política recién comienza cuando nos topamos con lo imposible propio de una situación. Lo imposible de una situación es aquello que para ser formulado requiere como condición absoluta desestructurar los saberes establecidos, pasar por encima de ellos, ser indiferentes al murmullo ensordecedor del sentido común.

El tema de la gestión (5° pecado) debe ser desplazado por el reconocimiento de que las grandes políticas que atravesaron la historia de la humanidad siempre crearon colectivamente horizontes de ruptura con lo existente y no simples recetas para la administración de la realidad del momento. Dicho de otra manera, para que una política sea digna de ese nombre deberá ser de ruptura, sino será una simple gestión de negocios.

Una política programática (6° pecado) sostenida en un plan de acción, es siempre reformista, puesto que parte de la base de que el político “sabe”, tiene un saber, acerca de lo

nuevo. Desde el pensamiento de una nueva radicalidad en política afirmamos que si lo nuevo se sabe de antemano, producto del conocimiento objetivo de la situación, entonces no es más que una variante de la situación, una posibilidad más de lo mismo. Esa es la esencia de la gestión la que, repito, es todo lo contrario de lo que entiendo por política. Lo nuevo se construye en apuestas, en creaciones colectivas a partir de situaciones concretas, sin amos y sabiondos que dicen saber lo que es bueno o malo para la gente a la que siempre tratan como pobres víctimas. Por eso dije antes que la política debe hacer posible que advenga lo impensado de una situación. Declarar de otra manera, manifestar otra cosa en exceso a lo que es capaz de asimilar una situación coagulada, eso es lo que tiene chance de cambiar radicalmente algo.

Respecto al Estado (7° pecado) hay que producir una profunda transformación de la visión clásica del mismo heredada del pasado. Se afirmaba que era el lugar esencial de la política y la llave maestra a capturar para realizar cualquier innovación. Hoy podemos decir que el Estado es el reaseguro para que nada cambie, no importa que fuerza política lo detente ni el contenido de su programa. El Estado es impotente para transformar de raíz nada. Hay que pensar que la política, en tanto subversión de los lazos sociales, está en otro lugar y no debe asumir la figura de un contrapoder para enfrentar al del Estado. Esto siempre termina en un desastre. Debemos meditar intensamente porqué la toma del poder fue la tumba de las grandes revoluciones del siglo XX. Por el contrario, la política, una nueva política, comienza a construirse alrededor de los fenómenos, movimientos, declaraciones, formas de lucha, modalidades colectivas, etc. que escapan a la capacidad del Estado para representarlas, inscribirlas y absorverlas. La política que pueda crearse en el interior de un movimiento colectivo crece y se potencia en la misma medida en que el Estado fracasa en representarlo, en incluirlo en su dominio. Es por eso que proponemos una política a distancia del Estado, que la esencia de su estrategia no este comandada por el objetivo de tomar el poder del Estado. Ni que decir que todo esto requiere una revisión a fondo de lo que hasta ahora entendíamos como poder. En fin, igual que todo lo dicho hasta aquí, es cuestión de comenzar.

Si queremos avanzar con la metáfora de los pecados, podemos desplegar en forma paralela las siete virtudes de una nueva forma de pensar-hacer la política por venir.

Frente a la representación proponemos la capacidad creadora y afirmativa de la PRESENTACIÓN que nada representa sino que es la potencia de irrupción de las voces, los actos y pensamientos colectivos y de la gente.

A la política como medio nos ocupamos en sostener que la política es un pensamiento AUTÓNOMO, que se funda en sí misma y es del orden de la invención.

Ante la política como consenso, afirmamos que toda política digna de ese nombre, es decir, toda política de emancipación, sólo existe en RUPTURA CON EL SENTIDO COMÚN, puesto que la matriz de todo poder reside en el consenso establecido.

A la política de lo posible ofrecemos otra alternativa, aquella que hace posible lo IMPOSIBLE.

Ante la política como gestión, sostenemos la política como RUPTURA DE LOS LAZOS SOCIALES.

Frente a la política de programas, proponemos el trabajo creativo alrededor de la incertidumbre de una APUESTA.

Por último, a la política de Estado, nos manifestamos a favor de una política que se constituya a DISTANCIA DEL ESTADO y abriendo una multiplicidad de lugares para la política y no sólo en el interior de los partidos que son instituciones dependientes del Estado.

Propongo considerar y discutir entre todos, libremente, ya que estamos convocados en el marco de un NUEVO PENSAMIENTO, una política cuyas siete virtudes comunes (no capitales, porque los capitales son siempre pecados...) son:

- 1) La presentación.
- 2) Su autonomía e invención como pensamiento.
- 3) Sorda al consenso.
- 4) Que posibilite lo imposible
- 5) De ruptura de los lazos sociales
- 6) De la apuesta sin garantías
- 7) A distancia del Estado.

Para concluir quiero citar unas palabras con las que el Subcomandante Marcos le contestaba a Juan Gelman en un reportaje que le hizo hace más de cuatro años. Dice Marcos: "Pensamos que lo que está fallando es una forma de hacer política, que hay que encontrar una nueva, que no tenemos una puta idea de cómo sea esa forma nueva, pero sí de cómo no debe ser, y que para dar con esa forma nueva necesitamos otras voces y otros pasos. Eso sí lo sabemos" [...] "Nosotros apostamos a una premisa fundamental: no a la toma del poder, no a los cargos gubernamentales, no a los puestos de elección popular, y vamos a ver qué tipo de políticos produce una organización de esa naturaleza". (Página 12, 14-4-96). Y en otro lugar: "No sabemos qué sigue [...] necesitamos muchos encuentros para poder construir juntos ese camino, si es que existe [...] compartir la angustia de no saber qué sigue".